

ESTE PERIODICO

se publica

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 re. fts.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTA



LA REDACCION

y Administracion

RICLA, NUM. 28

A DONDE

EN

DIRICIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTS.

# EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

LOS DEFENSORES  
DE LA  
INTEGRIDAD NACIONAL.

Como en el número anterior de este periódico lo prometimos, tenemos el gusto de publicar hoy en nuestra popular GALERIA el retrato del Excmo. Sr. D. Buenaventura Carbó, dignísimo General Segundo Cabo de la Isla de Cuba. Los que tengan la honra de conocer personalmente á S. E., podrán ver si hay ó no la semejanza que un retrato requiere para merecer este nombre, y si exageramos al hacer el elogio de los concienzudos trabajos del Sr. Gomez.

Vea el público y juzgue. Nosotros insistíamos en lo que El Moro dijo el otro dia: «mas vale un retrato, que sea verdadero retrato, esto es, que esté bien hecho (que esté dibujado con esmero, se entiende) y que salga parecido, que muchos retratos, que no sean verdaderos retratos, es decir, que estén trabajados con censurable desalíño, y que no tengan ni aire de familia.»

En el número 41 aparecerá el retrato de otro ilustre veterano de los que mas justas simpatías gozan entre nosotros, el Excmo. Sr. D. Rafafel Clavijo, que, como Sub-inspector de los Volun-

GALERIA DEL MORO MUZA.



EL EXCMO. SR. D. BUENAVENTURA CARBÓ,  
GENERAL SEGUNDO CABO.

tarios de Cuba, hemos querido que lleve él glorioso uniforme de esa valiente milicia popular que tanto le estima y considera.

Podría haber quien creyera que alguien se nos ha adelantado en el deseo de pagar al patriota general Clavijo el homenaje de nuestro mas distinguido aprecio; pero estamos ciertos de que S. E. no participará de ese error, pues sabe que el retrato que vamos á reproducir se lo pedimos hace ya algunos meses, y que tan pronto como á S. E. le ha sido posible facilitárnoslo, hemos procedido nosotros á llenar el vacío que se notaba en nuestra Galería.

EN LA HERRADURA.

Desde que desembarcó en Punta Brava parte del cargamento del *Upton*, el cobardísimo Javier, (así le nombra el traidorísimo Pepe Armas y Céspedes, edecán del ladronísimo Quesada) conoció que no había dado en el clavo; esto es, que la gente que había dejado en tierra iba á perecer, y que los elementos de guerra desembarcados, como de costumbre, caerían en poder de los soldados españoles.

Entonces el ex-director del *Ex-País*, tan hábil director de

expediciones filibusteras como de publicaciones periódicas, dijo para sí: «tengo que dar en el clavo con el resto del cargamento si no quiero que se me agregue la calificación de torpísimo á la de cobardísimo que ya me ha aplicado el traidorísimo Pepe Armas, y que podría serme confirmada hasta por las grandísimas.....» (Aquí dió un epíteto á las señoras emigradas de Nueva-York, tan duramente expresivo, que ni aun tratándose de enemigas de la Pátria me atrevo á repetirlo, siquiera por aquello que ha dicho Quevedo, á saber: que hay cosas, que, aunque sean verdad, no han de decirse.

Todo el conato del cobardísimo Javier, dignísimo confidente del majaderísimo Al-dama, se cifró desde entonces en la idea de dar en el clavo.

Pero está probadísimo que el cobardísimo Javier.... (No, este titulísimo no se lo hemos otorgado nosotros. Fué concesión espontánea del traidorísimo D. Pepito Armas, y quien se lo dió, que se lo quite.) Está demostreadísimo, iba yo diciendo, que el cobardísimo Javier, ademas de ser un tontísimo de capirotísimo, tiene algo de rigorísimo de las desdichísimas, y así es que, como todo le salió al revés de lo que piensa, bastó su empeño de dar en el clavo, al volver de Colombia, para que fuese con toda verdad á dar en *La Herradura*.

En efecto, al punto denominado *La Herradura*, vino á parar el vapor *Upton*, desde Colombia, donde recogió el inmenso refuerzo de veinte y pico de hombres con que, después de alharacas sin cuenta, han podido auxiliar á Céspedes los simpatizadores de las repúblicas sur-americanas, y como era consiguiente, los resultados han sido los que debía prometerse quien, por dar en el clavo, dió en *La Herradura*.

Cabalmente, allí cerca, en Maniabon, estaba de capitán de partido uno de esos hombres que, al ver que la fortuna no hace gran cosa por ellos, y estando animados de la noble ambición de la gloria, piden á sus propias virtudes lo que les niega la fortuna, y antes de pasar adelante, quieren que mis lectores sepan quién es ese bizarro capitán de partido.

Se llama D. Aurelio Lopez del Campo, es natural de Asturias, (á la provincia de Pelayo había de pertenecer para no dar que sentir á los enemigos de España,) vino á esta isla siendo muy niño, y su inclinación á las armas le hizo sentar plaza de soldado. Como tal fué á Méjico en el ejército mandado por el general Prim, y luego hizo la campaña de Santo Domingo.

En esa campaña se distinguió por su bravura, y prestó servicios especiales, hasta el punto de dejarse hacer prisionero (de orden superior) para atender á los heridos que en Santiago de los Caballeros estaban á merced de los insurrectos dominicanos. Allí fué puesto en capilla, y debió su salvación al rebelde Presidente Salcedo, hombre que parece que tenía sentimientos generosos, á los cuales debió la recompensa..... de ser asesinado por sus compatriotas.

Veinte y dos meses permaneció el buen Aurelio Lopez en poder de los enemigos, sufriendo tal miseria, que muchas veces tuvo que alimentarse con cortezas de plátano; pero sin desmayar por eso un solo instante. (Al fin, asturiano.)

Canjeado después de su penoso cautiverio, fué condecorado con la medalla del «Sufriente por la Patria,» mereciendo la nota de soldado valiente y pundonoroso; de manera que, con tales antecedentes, á poco que la fortuna le hubiese ayudado, ¿quién sabe lo

que habría nuestro hombre llegado á ser en poco tiempo?

Sin embargo, D. Aurelio Lopez del Campo no pasó de sargento. A esa humilde aunque benemérita clase pertenecía, cuando tomó su licencia absoluta en 1868, época en que tuvo que dedicarse al restablecimiento de su salud, quebrantada por los azares de la guerra, y en vano, luego que esta se presentó en Cuba, solicitó él por algún tiempo una posición que le permitiera hacer lo que me da la gana de llamar *asturianadas*.

Por fin, el Teniente Gobernador de Holguín, D. Marcelino Obregón, ¿le conocen ustedes? Ya lo creo! Pero ese valiente militar á quien todos apreciamos porque le conocemos, y á quien miran con terror los *mambises*, porque también le conocen, conoce á su vez á todos los hombres, y así es que en cuanto vió á D. Aurelio Lopez del Campo, dijo: «este es de los míos.» Esto diciendo, trabajó para que el hombre cuyo valor y pericia militar había adivinado, obtuviese la importante capitánía de Maniabon, y se lo llevó consigo.

Vamos á ver cómo el recomendado ha sabido dejar al recomendante.

Tan pronto como el cobardísimo Javier volvió de Colombia con el refuerzo de los veinte y tantos bigardísimos sur-americanos que pudo recoger para auxiliar á los renegadísimos de Cuba, D. Aurelio, con ese instinto peculiar de los que han nacido para la guerra, calculó á donde iría á parar la expedición de Colombia, y se propuso hacer una *asturianada*. ¡Qué! ¿No merece llamarse así el arrojo de ir con una docena de hombres á batir á la numerosa falange que se suponía que el cobardísimo Javier iba á traer de las repúblicas sur-americanas, donde tantas simpatías cuentan los traidores? Pues *asturianada* es, y bien *asturianada*.

Dirigióse, pues, D. Aurelio á *La Herradura* con sus pocos, pero briosos subordinados, y cosa singular! Así como el cobardísimo Javier, que tiene el don de errar, fué á dar en *La Herradura* cuando deseaba dar en el clavo, así el valiente capitán de Maniabon, que alumbrado por la inspiración del acierto, supo dar en el clavo al dirigirse á *La Herradura*.

Las consecuencias de todo esto ya nos son conocidas. Cinco piratas murieron en la primera descarga, entre ellos, un tal Mestre, que al fin vino á pagar cara la mancha que quiso imprimir en el distinguido cuerpo de la Marina Española de la cual había desertado, y el apresamiento de mil y tantos fusiles ingleses, ochenta y cinco carabinas Remington, ciento noventa y siete id. Sharps, setenta y nueve idem de varios sistemas, trescientos tarros de pólvora, doscientas cuarenta y una y media cajas de municiones con mil ocho cápsulas cada una, doscientos mil fulminantes, varios torpedos, efectos de imprenta, correages, armaduras, botiquines, &c., &c., todo lo cual nos viene mejor, mucho mejor que pedrada en ojo de boticario.

Lo que tan bien había empezado el modesto Lopez del Campo, lo concluyó el ilustre Obregón con su actividad acostumbrada, cazando á los fugitivos colombianos que tuvieron el valor de ponerse á las órdenes del cobardísimo Javier, y ahora para dar digno remate á la narración de la *asturianada* con que el capitán de Maniabon ha inmortalizado su nombre en *La Herradura*, pondré á continuación el soneto que un buen patriota y noble amigo de dicho capitán, ha remitido á EL MORO MUZA.

AMURATES.

Al Sr. Capitán del Partido de Maniabon, D. Aurelio Lopez del Campo, con motivo de la victoria alcanzada sobre los rebeldes expedicionarios del vapor *Upton*.

SONETO.

Tú que siempre valiente y esforzado  
Volastes hasta el campo de la gloria,  
Deja que cante usano tu victoria,  
Un vate que te admira entusiasmado.

De hoy mas tu nombre, Aurelio idolatrado  
Con letras de oro escribirá la historia,  
Que no ha de ser fugaz ni transitoria  
La fama que tu nombre ha conquistado,  
Con cuatro hombres no mas y frente á frente  
Destrozaste la vil expedición  
Que tanto decantaba el insurgente.....  
Gracias mil á Javier, el cobardón,  
Que entregó sus pertrechos y su gente  
Al bravo Capitán de Maniabon.

J. T.

HABANA Y JUNIO DE 1870.

CARTA DEL MORO VARGAS AL "MORO MUZA"

(CONTINUA.)

—Vamos á cuentas, Wolf. Tengo para mí, que un buque es considerado como partícula del Estado á que pertenece, y cuya bandera lleva. Sepárese mas ó menos de las costas; cualquiera que sea la duración de su viaje, ó la parte del mundo en que se halle, su naturaleza es siempre la misma; continúa siendo la partícula, si no la prolongación de la patria.

—Así es.

—No es inverosímil que en el buque vayan una ó mas mujeres, que dén á luz robustos muchachos, ó no robustos. ¿Cabrá duda sobre su nacionalidad ó sus derechos?

—No cabe.

Sin embargo, se prolonga el viaje; llegan los niños á zagalones, y el mejor día dicen muy formales á los tripulantes, de capitán á page: Ea, señores: basta de sufrimiento. Harto tiempo hemos llevado el ominoso yugo. Han explotado ustedes estas tablas, sacando su jugo mas precioso, y la muerte sería castigo muy suave para tanta infamia. Sin embargo: nosotros, legítimos dueños de este barco, para enseñarlos la distancia que nos separa; para que conozcais los sentimientos generosos y humanitarios que animan á esta generación superior, os decimos: marchad; nos avergonzamos de nuestra ascendencia, pero no queremos olvidarla de momento. Marchad; podeis echaros al agua libremente y ganar la costa a nado.

El yankee soltó una estrepitosa carcajada.— Algo vais aprendiendo de laborancia, dijo.

—De Hatuey, y otros muchos acabados en ey, que nombran y ensalzan, no es mas difícil la deducción, añadi. La historia de Cuba es la historia de España: ¿habían de buscar allí héroes y ucesos? No les pertenecen. Se han asido á Hatuey por los cabelllos, y lo que ahora me extraña es que no saquen á colación aquellos buenos caballeros que adjudicándose los honrosos títulos de filibusteros, bucaneros y hermanos de la costa, estabieron en la Tortuga el centro de sus fechorías. Estos son modelos que también podrían citar con provecho los laborantes, ya que igualmente salían de Santo Domingo, isla de su predilección.

Lo que les gusta de Santo Domingo, Vargas, es que de allí fueron echados los españoles. Por ello han nombrado generales y mas generales dominicanos que les guien por la propia senda, y aun adoptado el nombre *zambi*, que de allí procede, y suponen ser el que llevaban los de Santiago de las Vegas y Puerto Plata.

—Voy cayendo amigo, Wolf; mas si otro no es el motivo, poco dicenimiento acreditan. Los españoles fueron llamados á Santo Domingo: acudieron con repugnancia, y fué muy discutida la ventaja que pudiera reportar la anexión. Se tomó al fin como cuestión de honra—que es el lado flaco de los españoles,—se estableció con ligereza un gobierno similar al de las otras Antillas, en vez de un simple protectorado, y

aquella gente voluble é ingobernable como lo es toda la de las que fueron colonias españolas, viendo por vez primera de su vida moneda y orden, suspiró por la dulce dirección de aquellos caciques que con tanta gracia mandaban degollar á los *pendejos*, y que les ofrecían la novedad y la distracción de cañonearse cada tres meses. España combatió la rebelión hasta convencerse del sentimiento general de la isla, y entonces se retiró con la misma facilidad con que había ido. Nadie creerá formalmente que fué arrojada: harto se conocen sus recursos y los de la desventurada república, que ahora busca amo nuevo. España evacuó la isla, e hizo muy bien. No tenía allí intereses que compensaran el sacrificio de sus hijos.

Cuba es otra cosa: la tradición, la gloria, la honra y el interés están ligados, y mucho habría cambiado la raza de mis antecesores, para hacer lo que allí.

¡Oh! A estos los conozco bien: sin ser profeta aseguro que gastarán el último real y el último hombre, y lucharán con el mundo entero, antes de soltar la joya de Colón; joya por ellos pulimentada y productiva.

Precisamente por esto vengo á Cuba á formar con los 60,000 hombres de Quesada. La guerra ha de ser tenaz y prolongada.

Pero V., Wolf, que ha desvanecido muchas de mis caras ilusiones, haciéndome ver que no hay nobleza ni razón en la causa que me disponía a abrazar: V. que pretende imponerme de que los mambises son hombres despreciables como los ejemplares de la cerveza de Jamaica: V. que me insinúa que se trata de imitar el desgobierno de la antigua Española, ó de llegar á Haití por tal camino, como hijo de un pueblo libre, va V. á sostener una bandera enemiga del progreso y del cristianismo?

—Es V. un impertinente; moro charlatán y mal educado. Yo vengo á mi negocio y nada le importa á V. cual sea. Tiempo ha que observo que está V. muy distante de las condiciones de reserva, discreción y parsimonia que distinguen á los musulmanes: que es V. curioso en extremo, que habla más que un sacamuelas, y me he callado mis observaciones. Haga V. lo propio.

—No hay que incomodarse, Wolf: no he tenido intención de mortificarle. Al hacerme turista he debido dejar encerrada en Mequinez la gravedad de que me revisto para visitar la mezquita. Mi curiosidad es hija del deseo de instruirme, deseo poco común allá en Marruecos, y si he empleado alguna vivacidad en el lenguaje, consiste en que amargan los desengaños, y no es pequeño el que V. me ha causado. El sol este, que parece no se separa del zénit, no es el más propio, tampoco para amenizar nuestra situación. Rectifíquese V. su juicio y somos buenos camaradas.

Si arriásemos la vela para tomar un baño, creo que nos estaría bien á todos. ¿Qué opinan de esta idea?

—Oh! güena, güena, habló el patron, por las narices, extendiendo la mano por la popa.

Dirigi la vista á aquella parte y descubrí dos tiburones que escoltaban el bote. La conversación nos había distraído en términos de ser yo el único que ignorase la compañía.

El yankee rencoroso, puso las botas en la borda en su posición usual: el sombrero sobre la cara y á poco, asustaba á los tiburones con sus ronquidos.

Lo peor del caso era, que habiendo calmado la brisa hacíamos poco camino. El patron desconfiaba mucho de coger la tierra de noche, como deseaba, porque, no sin razón, le preocupaban las cañoneras.

Bah: un bote tan pequeño debe pasar desapercibido de dia ó de noche, como sucedió al guarda-costa inglés. Es tan larga la de Cuba, que mil cruceros no bastarán a vigilar sus infinitos cayos.

—Humo, gritó un negro desde proa, contestando á mi pensamiento.

El yankee se sentó como impulsado por un resorte y seis pares de ojos se fijaron en el horizonte, durante un cuarto de hora.

—Humo es, me atreví á decir, rompiendo el silencio general. Algun buque que pasa de lar-

go. Las cañoneras no se separan de la costa y la tierra no se vé todavía.

—Sí, niño, contestó uno de los negros: tierra está tapá con la turbona.

—De modo que es posible, que sea una cañonera.

—Y tan posible.

Una hora más tarde se nos venía encima con las mejores intenciones. Felizmente, descargó á tiempo la turbonada, y envueltas en la lluvia volaba la embarcación en popa, separándose de su rumbo en más de 30 millas.

Al amanecer nos encontramos muy cerca de los cayos de las doce leguas, y también de la maldita cañonera, que nos había seguido á pesar de la estratagema; pero nadie se alarmó, salvo mi personalidad, porque tomó el bote un canal con tres pies de agua, y la espesura del mangle cubría perfectamente la vela, evitando la puntería del cañón.

Dentro de los cayos, otra cañonera, que Dios confunda, nos dió muy malos ratos. Tres días anduvimos á salto de mata, ó de cayo, arrastrando el bote por el mangle, para echarlo al agua en esteros conocidos solo de aquellos prácticos, con los marineros españoles siempre á la pista, comidos de mosquitos de todos tamaños y descripciones, y sin comer en cambio, acabado el ta ajo y la galleta. Mis babuchas quedaron en el fango; fué al agua la maleta, para aliviar la carga; pasé trabajos más que Pérsiles. Al fin, Muza, pisé tierra de Cuba y pude excluir á mis anchas.

—Dios es grande!

La epístola va siendo más larga de lo que creía y me propuse. Procuraré abreviar, que es vergüenza que habiendo encerrado en las setenta y siete mil seiscientas treinta y nueve palabras del Koran, todo cuanto puede decirse, nuestro Mahoma, ponga más un verdadero creyente para contar desdichas.

La playa á que arribamos se llama la Carolla, no lejos del río Jababo, y hasta el agua llega esa manigua que tanto deseaba ver. Según las instrucciones de nuestro director de Jamaica, se encendieron tres hogueras, como señal, y quedando uno los negros de centinela, buscaron los demás el necesario reposo, en tanto llegaban las fuerzas protectoras de la expedición.

Era llegado el momento de admirar el genio de Quesada: no debía tardar en presentarse alguno de sus brillantes batallones, cuyo jefe se vería contrariado en su marcha por la exigüidad de los refuerzos. No sé por qué llamo expedición á la nuestra. Por más que el truchimán de Jamaica le aplicara este pomposo título, lúedos estuvieran los mambises si como esta fueran las que llegan todos los días.

Tales reflexiones, con la impaciencia de mi carácter y los ronquidos de Wolf, dieron al traste con el sueño. Sentado á usanza marroquí contemplé la exuberante vegetación de Cuba. La manigua .... la manigua es ni más ni menos un laberinto sin fin. Una masa de verdura, conjunto de árboles y arbustos árboles, enlazados entre sí, entrelazados con bejucos, enredaderas, espinos de tanta variedad como ideara un botánico desocupado. Gran elemento de guerra es este: no extrañe ya que en esta tierra se necesite un práctico para llevar el pañuelo á las narices, que pasen miles de hombres al lado de otros miles, sin sospechar la presencia unos de otros. ¿Y cómo pasan? Abriendo caminos á fuerza de machete. Duro es el trabajo.

El machete. Se concibe que sea instrumento indispensable en tales bosques, y que así se aplique á la guerra como á la agricultura; pero vamos á cuentas. Aquí está el que he comprado en Kingston. Una hoja recta, afilada como navaja, y con puño de cuerno. Puede servir para cortar una cabeza lo mismo que una rama; mas no veo que como arma merezca esa fama que le dan los cubanos. ¿Se harán la misma ilusión que mis paisanos con sus gumias, creyéndolas superiores á las bayonetas de los españoles? Buena demostración tuvieron de su error. La bayoneta es la más terrible de las armas blancas, cuando está en buenas manos, y los españoles no han olvidado el manejo de las picas de Flandes. Tanta mayor gloria para Quesada,

que ha ideado y organizado táctica superior á la de tan temida infantería.

Aquí llegaban mis reflexiones, cuando creí descubrir en la espesura un bulto que arrastrando avanzaba hacia mí. El color terroso y las esencias que me parecía distinguir, me indujeron á tomar aquello por un *maja*, es decir, por una culebra; pero el juicio de nuestro centinela debió ser otro, pues montando el rifle gritó.

—¿Quién vive?

—Cuba libre! Contestaron inmediatamente desde la manigua.

—Adelante! Replicó el centinela.

Con lo que se adelantaron y aparecieron sucesivamente, no sin precaución, hasta diez personas, verdaderos, legítimos, indubitablemente *mambises*, ni más ni menos que el *Eau de Cologne* de Farinua.

El asombro embargó todas mis facultades. Entre aquellos diez hombres, se contaban tres camisas y cuatro pantalones, por todo vestuario. Alguno de ellos lo había simplificado á la cuerda de que pendía el machete. Un negro atlético era jefe de aquella fuerza que completaban tres blancos, dos mulatos y cuatro chinos. El primero lucía una carabina Spencer, los otros seis armas más de fuego: fusiles belgas, mosquetones llamados de Quesada y una escopeta de dos cañones. Machete, todos. Todos cabalgaban en escualidos animales, ataviados en armonía con los ginotes. Un *tomillo*, albarán hecho de junco, cabezada de majagua y parecía de contar.

Y no eran aquellos hombres bandoleros, como hubiera juzgado cualquiera, sino soldados de la República Cubana, en el año tercero de su independencia, pertenecientes al batallón número no sé cuantos, mandado por Recio y guarneciendo las prefecturas desde Santa Cruz á Najaza.

Mi compañero Wolf, sin sorprenderse lo más mínimo, entabló conversación con los reciénvenidos, orientándose de cuanto pudiera convenirle. Hé aquí lo que fui aprendiendo, colocada toda la existencia en los oídos.

Nadie sabía el paradero de Céspedes, ni menos de la Cámara: de vez en cuando se oía decir que había pasado por el potrero tal, ó el sitio cual.

Después de las dimisiones de Quesada, de Jordan, de Goituria, había dimitido Agramonte, tomando pasaporte para el extranjero. Se suponía que llevaba una comisión importante.

Por el momento, era Generalísimo Cavada, el héroe de las Villas: todavía no había conseguido encontrar al enemigo; pero tenía planes magníficos de la academia de West Point, y mientras llegaba la oportunidad de practicarlos, había mandado quemar todo el Departamento. Ahora bien, como lo que en él quedaba eran las cercas de las fincas, se quemaban las cercas, fastidiando con ello por completo á los españoles.

Ryan, era General de la caballería; se había mandado bacer espuelas con escabeles y daba gloria verle; solo que una columna de gorriones le había robado los caballos, y estaba meditando una táctica novísima de esenadron, en que se prescindía completamente de los animales, por innecesarios.

Beauvilliers, General de Artillería, había tenido un pequeño contratiempo. Otra columna de patones, la del Brujo (1) le había robado los cañones, con el parque, los mulos, etc., etc., por la traición de un mal cubano, que dijo donde estaban todas aquellas cosas.

A Bembeta le habían robado el caballo y el sombrero, el equipaje y la bandera.

—Cuidado si son ladrones esos lobos! Había otros muchos Generales que reñían a cada paso unos con otros, por si dijese ó me dijese buenas noches.

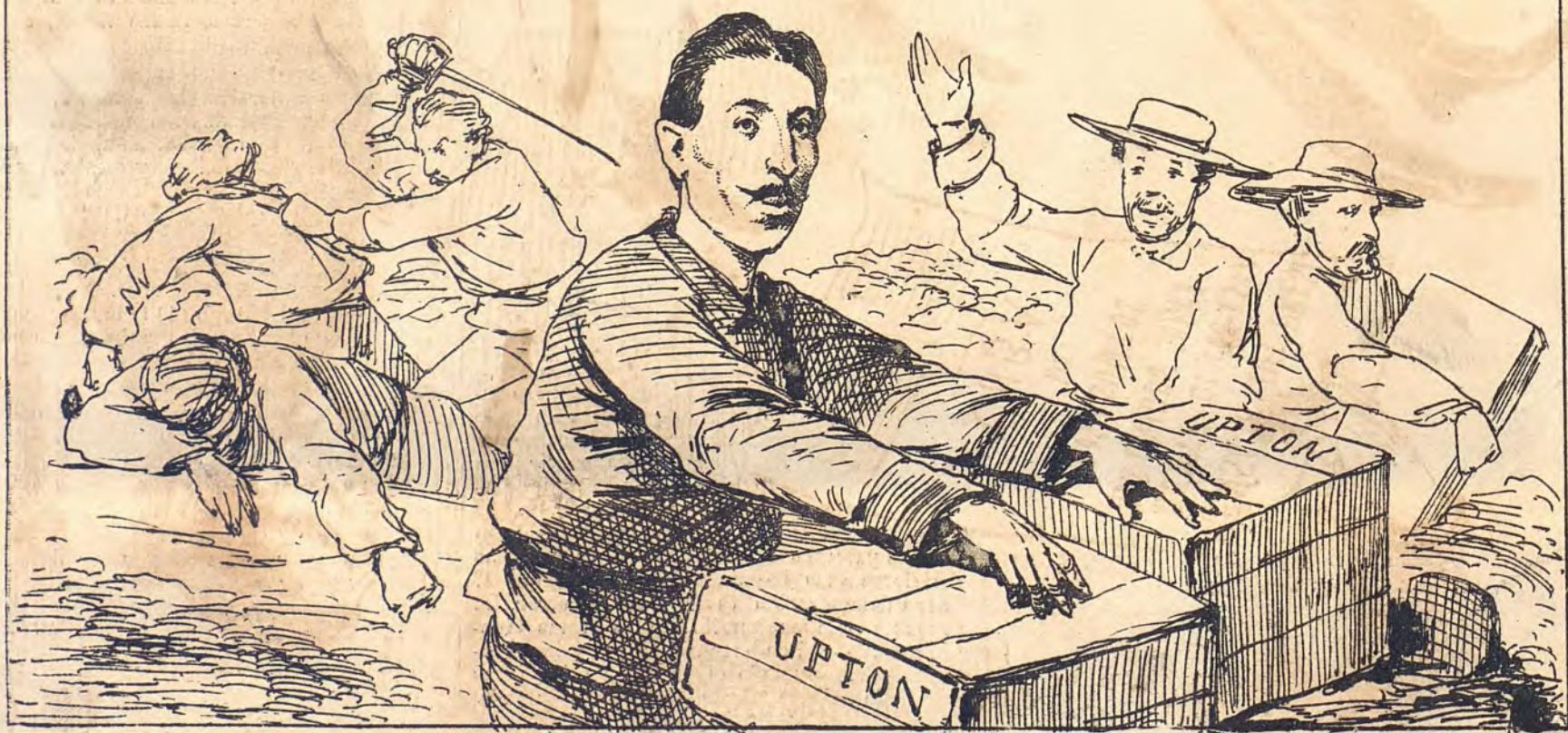
Andaban por los montes más columnas de españoles que mosquitos en manglar.

(Continuará.)

(1) El Comandante Montaño.



Un embajador trashumante.



El bravo capitán del partido de Maniabon, D. Aurelio López del Campo, á los dos días de haber tomado posesión de su destino, la tomó del cargamento del *Upton*, en *La Herradura*, después de dar á varios piratas pasaporte..... para el otro mundo.



Litog. & Imp. del Comercio, Obispo 87.

|| Cayó la bomba en plena Junta !!

## LA BULA DE MEJICO.

Muchas veces habia oido yo mentar la bula de Meco, bula tan famosa como la de *In coena Domini*, que antiguamente leia un cardenal ante el Papa en el dia de Juéves Santo, y como la de *Unigenitus*, por medio de la cual Clemente XI condenó los cien errores del P. Quesnel; si bien, aunque yo tambien nombraba la tal bula, sabia que cuantas diligencias se habian practicado para averiguar su origen, fueron tan infructuosas como las que han hecho últimamente los laborantes corruptores, y sus corrompidos auxiliares, para conseguir que el incorruptible Grant dejé de mirar á los insurrectos cubanos como lo que son, esto es, como una turba de facinerosos.

Ni aun la época en que se expidió la citada bula de Meco ha podido fijarse aproximadamente; pero se supone que debió ser aquella en que habia penitentes que tenian el derecho de absolver sus propios pecados, ó lo que es lo mismo, en el tiempo en que, por sus desacordos sonidos, empezó á conquistarse la triste celebridad que todavia está gozando el órgano de Móstoles.

Un dia me encontré con un sujeto que peccaba de redicho, tanto que recuerdo que habia puesto á mi calle el defecto de ser exce-  
sivamente sólida, queriendo decir que era muy solitaria; le hablé de un conocido de los dos, que habia echado la bolla, en el quinto dia del vomito, y poniendo la cara compungida del que siente lo que dice, exclamó: ¡Malo! ¡A ese pobre no le salva ya ni la *Bula de Méjico*!

Atónito me quedé al oír nombrar una bula de que no tenia la menor noticia, y me separé del que la habia nombrado diciendo para mí: ¿qué bula será esa? ¿Tendrá conexión alguna con la *Bula de Oro*, ó sea con el decreto que dió Carlos IV, emperador de Alemania en 1356, arreglando la forma de elección para sus sucesores? Algo puede que haya de eso, porque con bulas de oro creo que han llegado algunos ciudadanos al poder en la república mejicana; pero veo que precisamente un emperador aleman ha muerto allí fusilado, sin que le valiera la bula de Méjico, y debe ser otra. ¿Será Bula de carne ó de lacticinios? Tampoco, porque los mejicanos son bastante sóbrios para la comida; de manera que la que ellos podrían necesitar seria, cuando mas, bula de pulque. ¿Será una nueva bula de cruzada? Tal vez, porque hay allí bastantes hijos de españoles, tan ofendidos de que sus padres les dieran el ser y les llevasen la civilización europea, que no se harían de renegar de su sangre, y quisieran provocar contra España una Cruzada en todo el Nuevo Mundo. ¿Se tratará, en fin, de otra bula de *Composición*? Así se llamó aquella en virtud de la cual podia cualquiera quedarse con lo que no era suyo, y por la poe-  
prisa que ha tenido Méjico siempre para saldar sus cuentas con los acreedores, y por lo que allí abundan los infractores del séptimo mandamiento de la ley de Dios, no extrañaría yo que de esa bula se tratase.

Justamente al escribir estas líneas, he sabido que el vandalismo mejicano hace tales progresos, que ya, no solo las diligencias, sino ciudades populosas como Irapuato y Pachuca, se ven asaltadas por los ladrones. Al fin, Irapuato supo defenderse; pero Pachuca, ¡oh! ¡pobre Pachuca! Esta no pudo resistir á los asaltantes, y fué robada y atropellada sin que le valiera la *bula de Méjico*.

Ya se vé, ¿cómo el Gobierno ha de acabar con los bandidos, si cada dia tiene noticia de quince ó veinte pronunciamientos? Lo mas que puede hacer es encomendar á buenos periodistas la defensa del orden, y lo hace,

aunque con el dolor de no encontrar quien sepa traducir sus inmejorables deseos.

Por ejemplo,, Santa Cecilia, digo no, Santacilia, aunque tengo para mí, que el yerno de Juarez ó sus ascendientes, han debido cometerse una sílaba de su apellido, para lo cual estarian autorizados por la *bula de Méjico*, Santacilia, repito, tiene un periódico encargado de la predicación del orden, y en ese periódico, en que se hace la guerra á los rebeldes y ladrones de Méjico, se manifiestan calurosas simpatías hacia los rebeldes y ladrones de Cuba, hasta el punto de copiar un párrafo de *El Laborante*, en que á Goicuria se le titula *victima de la ferocidad española*, y se insulta al pueblo español del modo mas grosero posible.

Pero, señor, digo yo para mis adentros. ¿No fusilaron ellos á Robles Pezuela, y á Maximiliano, y á Mejia, y á Miramón, y á Vidaurreta, y á muchos otros sin que les valiera la *bula de Méjico*? Pues ¿por qué se han de escandalizar de que aquí apliquemos nuestras leyes á los que las infringen?

Apuesto á que Juarez no ha reparado en la inconsecuencia de su yerno, porque de otro modo, ya hubiera tomado Consejo de Lerdo de Tejada, para aplicar al mal el oportuno remedio.

Bien que, hay un periódico que se titula *La Opinión Nacional*, y que aunque se supone sostenido por dicho Sr. Lerdo de Tejada para combatir á los rebeldes de Méjico, tambien se muestra decidido partidario de los rebeldes de Cuba, horrorizándose de las ejecuciones de Goicuria y de los Agüeros, y faltando á la verdad en los pormenores de la relación; pues para que *La Opinión Nacional* lo sepa, en esos casos no ha habido mas que un grito final, y es el de *Viva España!* que es el salvador de la isla de Cuba.

Luego, la tal *Opinión Nacional*, vomita las mas odiosas injurias contra el General Puello, y esto lo que á mí me prueba es que los periodistas á quienes el señor Lerdo ha encomendado la defensa del orden, son mas lerdos que él; porque él solo es Lerdo de apellido, y ellos son lerdos de inteligencia.

Calla! ¡No podria suceder que los tales periodistas pescasen de envidiosos, mas que de lerdos? He dado en el *quid*. Esos pobres náufragos de la independencia hispano-americana, *rari nantes in gurgite rastro*, que ven el abismo de horrible anarquía y perdurable miseria en que han caido, desde que sacudieron lo que llamaban yugo de los vireyes, tienen sin duda envidia á los que se han quedado en el seguro puerto de la verdadera libertad, que es la que nace del orden, y con la cual Cuba, por su riqueza, por sus adelantos, por sus inmensos bienes morales y materiales, ha llegado á ser durante muchos años la tierra mas feliz del Nuevo Mundo. «Si los insurrectos son vencidos, deben decir para su sayo los periodistas que en Méjico combaten á España, los cubanos van á continuar disfrutando el bienestar, á cuya esperanza hemos renunciado nosotros. ¿Por qué los cubanos han de ser tan felices siendo nosotros tan desgraciados?»

Esa es la madre del cordero. Los náufragos quisieran que el mundo se acabase cuando ellos se ahogan, y solo así se explica que los que han caido en el precipicio de la anarquía permanente, de la intransigencia que es su consecuencia; de la mendicidad, que es su corolario, de la inanición intelectual y moral, que ha de ser su término inevitable, quisieran que Cuba fuese independiente y libre, para que no la salvase ni la *bula de Méjico*.

Si no es esto lo que se proponen los periodistas que tanto nos insultan, ¿qué es lo que esos ciudadanos pretenden? ¿Quieren que se-

panos que son anti-españoles y que aborrecen á sus padres? Pues quedamos enterados. Ya sabemos que esos ciudadanos son anti-españoles y aborrecen á sus padres. ¿Qué mas hay? ¿Quieren que España se avergüenze de haberles dado la sangre que tienen, el idioma que hablan y todo poco bueno que conservan? Pues bien: España se avergüenza de todo eso. ¿Qué mas?? Quieren que les demos el título de insignes mentecatos, que sin duda merecen? Pues concedido: son insignes mentecatos desde ahora, en nuestro concepto y en el de todo el orbe civilizado. ¿Qué mas? ¿Quieren desahogarse con sus improperios, para ver si de ese modo evitan el trágico fin que les está amenazando? No, eso no lo conseguirán, voto á cribas; porque hay auxilios para los náufragos que tienen siquiera una tabla á que agarrarse; pero los que carecen de ese recurso, y están en el insombrable abismo en que hoy se ven casi todos los pueblos hispano-americanos que renegaron de su origen, ¡oh! esos no tienen remedio. Han de perecer, han de purgar sus estravios, sin que les valga la bula de Meco, que supera á la de Méjico tanto en su virtud como en su fama.

EL MORO MUZA.

## LAS AMAZORRAS.

POEMA HISTÉRICO  
POR HIRAMAMOLIN.

CONTINUACION DEL CANTO PRIMERO.

Dicho y hecho; de coches y azoteas  
Diéronse entonces á tirar tiritos,  
Y ocultarse en místicas tarjeas,  
Para dejar impunes sus delitos.  
Pronto tomaron asco á las peleas  
De tan sucia estrategia los malditos,  
Que á purgar comenzaron tanto enredo  
Con cada lupo que cantaba el credo.

Mas, ya á la Pátria y á su sangre hostiles,  
Largáronse del monte á la espesura,  
Donde solo en busear pensaron, viles,  
Negro desquite á su cerval pavura.  
Cada libertador un fiero Aquiles  
Salió en la agilidad, no en la bravura,  
Pues fué el menos valz de esos guerreros  
Rival del diablo por sus *pies ligeros*.

Tea y puñal frenéticos temaron,  
Y atrío devastacion al latrocínio  
Asociando en su cólera, juraron  
De su noble ascendencia el exterminio.  
Una matrona, entonces, divisaron,  
Que aunque en su aspecto el régio predominio  
Les hizo ver, con la expresión sincera  
De la bondad, habló de esta manera:

»La noble España soy, ya lo estais viendo.  
»Y á mi, Pátria del Cid y de Padilla,  
»De independencia me hablareis, blandiendo  
»Tea y puñal? ¡Vandalica cuadilla!  
»Cuál es la libertad que estais pidiendo?  
»Así, plagiando insana muletila,  
»Traducís libertad é independencia,  
»Por torpe estrago y cinica licencia?

»No veis bien las repúblicas que un dia  
»Colonias fueron, el tremendo azote  
»Hoy aguantar de horrenda tiranía,  
»Impuesta por el férreo chafarote?

»Codicilas la despótica anarquía  
»Que usurpa, infiel, de libertad el mote,

»Mientras difunde en vasta periferia,

»Desorden, luto, escándalo y miseria?

»Tornad, ingratos, al hogar paterno,

»Donde, atenta al mas súbito gemido,

»Vuestro pañuelo de lágrimas eterno

»Ser os prometo yo. ¡Siempre lo he sido!

»Oh, si! Sabed que en mi cariño tierno,

»Cuanto ultraje sufri soy al olvido.

»Soy vuestra Madre, al fin, y el ciego encono

»Que me teneis, magnánima perdono.

»Qué mas de mí queréis, hombres insanos?

»Para quedar del todo satisfechos?

»De derechos hablais? En vuestras manos

«Serán torcidos, y si no, á los hechos;  
»Yo os los brindo, no obstante, ciudadanos;  
»Y de que en paz goceis tales derechos,  
»Tras el supremo bien de amplia amnistía;  
»Es mi amor maternal fiel garantía.  
Aunque vagos, viejos, desleales,  
Los que en España vieron pruebas tantas  
De santo amor, las teas y pustales  
Arrojar meditaron á sus plantas.  
Mas cuando de eceder daban señales,  
¡Ay! con mas de ochocientas *suripantas*  
Llegó el genio infernal de la Discordia,  
Para hacer imposible la Concordia.  
Ellas, desmelenadas, con vestidos  
Blancos y azules, de estrellitas llenos,  
Contra sus padres, novios y maridos  
Fueron á descargar rayos y truenos.  
¡Cómo! exclamó una de ellas, ¡ya vencidos  
Blancos, chinos, y pardos, y morenos,  
Por la elocuencia estais de esa gran dama  
Que amor respira y al deber os llama?  
Pues, seguid, si queréis, á esa señora,  
Que os brinda, con su amor, paz y esplendores,  
De que un caudal riquísimo atesora;  
Que nosotras odiamos sus rigores,  
Y queremos ser libres desde ahora;  
Libres enteramente, si, señores,  
Para mudar de cónyuge y de afecto,  
Con licencia, ó sin ella, del Prefecto.  
Harto tiempo sufrimos el cargante  
Furor de vuestros celos, francamente;  
Del *qué dirán?* la traba horripilante,  
Y de la ley el yugo impertinente.  
¡Nó! Ya no aguantaremos, Dios mediante,  
Tan atróz despotismo: la insurgente  
Bandera á nuestros cálculos coadyuva.....  
Conque, ¡á vivir! ¡qué diablo! y *arda Cuba!*  
—¡Sí! ¡Que arda Cuba y vivan sus sufragios!  
Un hombre contestó, qué, aunque cabestro,  
Cual los otros, sentia enormes ganas  
De enmaridar, á diestro y á siniestro.  
Vuestro gusto acatamos, ciudadanas  
Que está en todo conforme con el nuestro!  
Empieza, pues, la plácida tarea,  
Y *ja vivir y arda Cuba!* el grito sea.  
Lo aceptaron, se dieron las alabanzas  
Todos, buscando heróicos arrimos,  
Y obligaronse allí, segun noticias  
Que por varios conductos recibimos,  
A no admitir de España, ni franquicias,  
Ni consuelos, ni dádivas, ni mimos,  
Ni la salud, que siempre es anhelada.  
¡Nada!, en términos breves, *nada! nada!*  
Corriente, dijo España, ante el Congreso  
Que espotó tan solemnes desvarios.  
Conque decís, los que érais mi emblema,  
Que hoy, que os sentis con insurrectos brios,  
Nada queréis de mí? Pues bien: por eso  
No debeis enfadarnos, hijos míos;  
Que si nada tener tanto os agrada,  
Lo que os gusta tendréis; es decir, *nada*.  
No esperéis ya los bienes que reservo  
A los que en Cuba fiel nobles se anidan.  
No contagiados de rencor protervo,  
Y á quienes yo daré cuanto me pidan.  
Pues á vosotros..... ¡Voto al diantre! Observo  
Que vuestros fieros impetus convidan  
Tambien á daros algo, y será justo.....  
Que en ello no tengais plato de gusto.  
Vais á saber, bribones, lo que es malo  
En la senda que hollais triste y oscura.  
Vais á llevar, por locos, cada palo  
Que os haga lamentar vuestra locura.  
Vais á lograr, por último regalo,  
Temprana y afrentosa sepultura;  
Vais á estar como tres con un zapato.  
Esto os digo por hoy, y hasta otro rato.  
(Continuará.)

## SUPERSTICION.

Es anuncio de próxima desgracia  
Si se rompe un espejo

Y si una araña ves, algo agradable  
Te ocurrirá de cierto.  
Cosa mala te pasa de seguro,  
Si viertes el salero;  
Mas si vino en tu mesa se derrama,  
Te pasará algo bueno.  
Ten por cosa segura algun fracaso,  
Si te encuentras un tuerto;  
Mas si hallas un giboso en tu camino,  
Debes estar contento.  
Si bajas la escalera de tu casa  
Echando el pie derecho,  
Es señal de ventura, y al contrario  
Si echaras el pie izquierdo.  
Si un moscardón á tu ventana llega,  
Algo anuncia siniestro;  
Mas una mariposa de alas blancas  
Siempre es un buen agüero.  
Si comeis á la mesa trece juntos,  
Es indicio funesto;  
Mas si en tu mano pica alguna pulga,  
Es señal de suerte.  
Habla alguien bien de tí cuando te zumba  
El oido derecho;  
Pero te están poniendo como un trapo,  
Si te zumba el izquierdo.  
Mártires y viérnes son días aciagos;  
No emprendas nada en ellos;  
Pero, en cambio, los sábados y juéves  
Son para todo buenos.  
Cuando veas tres velas encendidas,  
Una apaga al momento;  
Mas si rompes un plato en cinco trozos,  
Puedes vivir sin miedo.  
En todos los augurios que te he dicho  
Con fe sincera creo;  
Mas ¡oh dolor! —un mártires por la noche  
Se me murió mi suegro.  
Un viérnes quedé viudo, y cierto dia  
En que vertí el salero,  
Sin lograr conseguirlo en treinta juéves,  
Me dieron un empleo.  
En sábado, por fin, quedé cesante;  
Pero por fin, vi un tuerto,  
Y aunque no me picó ninguna pulga,  
Gané cincuenta pesos.  
Trece comimos en la misma mesa  
El dia de Año nuevo,  
Y á todos nos cayó la lotería,  
Y ninguno se ha muerto.  
Vertí vino en la mesa, y me arrimaron  
Un traneazo soberbio,  
Y me encontré un billete de mil reales  
Al romper un espejo.  
Esto lector demuestra claramente,  
Que, á pesar de ciertos agüeros,  
Para el que es infeliz, todos son malos,  
Y para el que es dichoso, todos buenos.  
BOABDIL EL CHICO.

## DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

## CAPITULO CUARTO.

## LA SITUACION SE COMPLICA.

(Continúa.)

Ernesto llegó á su casa embriagado de felicidad.  
—Esto es hecho, dijo; me parece que caigo de esta vez.  
Reacapitó un momento, y dándose de pronto una palmada en la frente, exclamó: pero ¡qué diablos! tan atolondrado me tiene esa criatura, que no he pensado en preguntarla quién es siquiera..... Quién será? Bah, ¡qué importa!.... Es linda y me ama; no necesito saber más.

Y tenía razón..... Para qué quería saber quién era Adela..... En buen hora que el que tiene la poca dignidad de querer figurar por medio de una mujer, trate de ocuparse

de su familia ó de sus intereses; pero el que quiere amor, solo amor, debe hacer lo que hacia Ernesto. Adela era bella y le amaba; no le era necesario saber mas..... y hasta se habría casado con ella sin averiguar mas que lo preciso para las formalidades del contrato, si en sus cálculos hubiera entrado el casamiento, ó si el giro que iba tomando la aventura del tropezón le hacia dar la mortal caída.

No en la familia pensaba  
De aquel Angel seductor,  
Porque era amor, solo amor  
Lo que en Adela buscaba.  
Que al fin de tanto rodar  
En mundo tan baladí  
Lo que se debe buscar  
Es una pasión así.  
Un amor grande, profundo  
A pesar del hado cruel,  
Y no acordarse del mundo  
Ni de lo que pasa en él.

Continúa Ernesto su monólogo.

Lo chusco sería, dijo: que me enamorase de veras, y mediera por casarme, y con quién ..... con una muchacha de diez y siete años, que echa billetes á la calle, envueltos en un pañuelo; dá citas á un hombre, y luego pasea sola con él. Francamente, confieso que hasta ahora no había tenido tiempo de pensar en estas cosas que no las hallo nada despreciables por cierto. Estaría chistoso..... pero ¡es tan linda!.... ¡Me quiere tanto! y luego..... ¡luego la quiero yo tanto á ella!.... Vamos, no hay que pensar en nada; sigamos adelante, y lo que fuere tronará.

Y era lo mejor que Ernesto podía hacer; su pasión se lo dictaba así. No había mas remedio que seguir aquella aventura hasta ver á donde le conduciría. A nadie tenía que dar cuenta de sus acciones. Si al fin de la jornada le cansaba el amor de Adela, no faltaría otra que poner en su lugar. La pasión en él era siempre la misma aunque fuese otro el objeto que se la inspirase.

Si la belleza humana  
Hace qué el Angel querido,  
Se trae que en Angel caido  
De la noche á la mañana;  
Otro Angel lo sustituye  
Para salir del aprieto;  
Y no es que el amor concluya.....  
Sino... que muda de objeto.

Al dia siguiente esperó aviso de Adela; pero fué en vano; el aviso no llegó.

Algo contrariado por la noche, subió al carruaje y se dirigió al teatro. Cuando entró, se empezaba el segundo acto de *el Lago de las hadas.* Tomó asiento en su butaca, y después de reconocer los palcos con los gemelos, dirigió estos al escenario y pasó revista á todas las bailarinas. De pronto llamó su atención una á quien no había visto las demás noches; miró con mas cuidado..... y estuvo al punto de lanzar un grito. Los gemelos se le salieron de la mano y salió atropellando á todos los que estaban á su lado y dando un millón de tropezones que por poco le cuestan otros tantos desafíos. No detuvo su carrera hasta llegar al escenario y encontrar al director de la Compañía.

Pero poco mas de lo que había visto pudo saber. Era Adela, y hacia un mes que estaba contratada.

—Y cuántas noches ha bailado? preguntó al director.

—Es la segunda vez que se presenta en escena.

—Y tiene aceptación?

—Mucha. Escuchad; esa salva de aplausos es por ella; ¡baila tan bien! y ademas, ¡es tan linda!

—Quién la acompaña?

—Una vieja criada casi siempre, porque dicen que no tiene familia; pero algunas veces viene sola.

—Sola?

